

AÑO JUBILAR DE LA MISERICORDIA

Domingo de Cristo Rey. UN REY CRUCIFICADO

- I. **Felipe Fernández Caballero**
- II. **Guia para lectura y predicación del CEC**
- III. **Sagrada Congregación para el Clero**
- IV. **Radio Vaticana**

I. MENSAJE CENTRAL

David encarnaba y anticipaba la figura de un Mesías Rey. Pero Cristo es Rey de un modo radicalmente nuevo. Es un Rey de perdón y de paz, que logra la reconciliación universal al precio de su sangre. El aliento de su gracia mueve hacia él mismo a todo lo creado. Importa dejarse llevar por ella a la plenitud que él mismo es.

LECTURAS

1. David, pastor y ungido rey de Israel

2 Samuel 5,1-3

David es ungido del Señor. Es Cristo o ungido. Se ungía a los reyes porque representaban a Dios en medio de su pueblo

A la muerte de Saúl, el primer rey de Israel y su suegro, David se convierte en rey de su tribu, Judá. Triunfa finalmente forjando la unidad con las tribus del norte, que le reclaman como rey. Su éxito político es comprendido como la voluntad de Dios de reunir a las tribus de Israel en un reino poderoso frente a sus adversarios. Pero esta monarquía, que durará más de cuatro siglos en Jerusalén, mostrará muchas veces las ambigüedades de todo poder político.

El vocabulario real sufre las trampas de todo poder: suscita nuestros fantasmas de éxito y de dominación, mientras que el único poder de Dios es el de hacer vivir, amar y salvar. La realeza de Jesús, anunciada por el reino de David, su antepasado, se establece exclusivamente con su muerte y su resurrección. Las responsabilidades ejercidas por los cristianos (en la Iglesia y fuera de ella) no tienen que imitar la monarquía de David, sino sólo la de Jesús, el pastor que da su vida por sus ovejas

2. Nos ha trasladado al Reino de su Hijo querido

Colosenses 1, 12-20

El himno recogido en esta carta acumula título sobre título para exaltar la grandeza de nuestro Señor

En el himno cristológico de la carta a los colosenses emerge la grandiosa figura de Cristo,

Señor del cosmos. Al igual que la divina Sabiduría creadora, exaltada por el Antiguo Testamento (Prov 8, 22-31), «él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia»; es más «todo fue creado por él y para él» (Col 1,16-17).

Por tanto, en el universo, se despliega un designio trascendente que Dios actúa a través de la obra de su Hijo. Lo proclama también el «Prólogo» del Evangelio de Juan, cuando afirma que «todo se hizo por la Palabra y sin ella no se hizo nada de cuanto existe» (Jn 1,3). También la materia con su energía, la vida y la luz llevan la huella del Verbo de Dios, «su Hijo amado». La revelación del Nuevo Testamento ofrece una nueva luz sobre las palabras del sabio del Antiguo Testamento, quien declaraba que «de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor» (Sab 13, 5).

El cántico de la Carta a los Colosenses presenta otra función de Cristo: él es también el Señor de la historia de la salvación, que se manifiesta en la Iglesia (cf. Col 1,18) y se realiza en la sangre de su cruz» (v.20), manantial de paz y armonía para toda historia humana. Por tanto, no sólo el horizonte exterior a nuestra existencia está marcado por la presencia eficaz de Cristo, sino también la realidad más específica de la criatura humana, es decir, la historia. Ésta no está a la merced de fuerzas ciegas e irracionales, sino que, a pesar del pecado y el mal, se rige y está orientada -por obra de Cristo- hacia la plenitud. Por medio de la Cruz de Cristo, toda la realidad está «reconciliada con el Padre» (cf. v.20).

El himno traza, de este modo, un estupendo cuadro del universo y de la historia, invitándonos a la confianza. No somos una mota de polvo inútil, perdida en un espacio y en un tiempo sin sentido, sino que formamos parte de un proyecto surgido del amor del Padre.

Damos ahora la palabra a San Juan Crisóstomo, para que sea él quien culmine esta reflexión. En su Comentario a la Carta a los Colosenses se detiene ampliamente en este cántico. Al inicio, subraya el carácter gratuito de Dios, al «compartir la suerte del pueblo santo en la luz» (v.12), «.Por qué la llama "suerte"?», se pregunta Crisóstomo, y responde: «Para demostrar que nadie puede conseguir el Reino con sus propias obras. También en este caso, como en la mayoría de las veces, la "suerte" tiene el sentido de "fortuna". Nadie puede tener un comportamiento capaz de merecer el Reino, sino que todo es don del Señor. Por eso dice: "Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer"».

Esta gratuidad benévolas y poderosa vuelve a emerger más adelante, cuando leemos que por medio de Cristo se han creado todas las cosas (cf. Col 1,16). «De él depende la sustancia de todas las cosas -explica el obispo-. No sólo las hizo pasar del no ser al ser, sino que las sigue sosteniendo de manera que si quedaran sustraídas a su providencia perecerían y se disolverían.

Con mayor motivo es signo de amor gratuito lo que Dios realiza por la Iglesia, de la que Cristo es Cabeza. En este sentido (cf. v 18) Juan Crisóstomo explica: “después de haber hablado de la dignidad de Cristo, el apóstol habla también de su amor por los hombres: “El es la cabeza de su cuerpo, que es la Iglesia”, para mostrar su íntima comunión con nosotros. Quien está tan alto se unió a quienes están abajo. (Juan Pablo II, audiencia del miércoles 5 de Mayo de 2004)

Evangelio. El Rey crucificado

Lucas 23,35-43

En la cruz, Jesús es proclamado rey por el título de su condena y por la invocación del

malhechor crucificado junto a él

Jesús es llamado «Rey de los judíos», pero es por burla. Sin embargo, como los otros evangelistas, Lucas sugiere que la muerte de Jesús es un verdadero acontecimiento regio, el culmen de toda su vida. Después de los sarcasmos de los jefes judíos, de los soldados y de un malhechor, el diálogo con el «buen ladrón» hace que aparezca el sentido oculto de los acontecimientos.

El episodio adquiere todo su sentido en el contexto en el que está situado. Jesús está clavado en la cruz y los sumos sacerdotes y los escribas se ríen de él. En Marcos y Mateo gritan: «a otros ha salvado, y él mismo no puede salvarse. Si es el Cristo, el rey de Israel, que baje de la cruz para que veamos y creamos». El texto de Lucas es ligeramente diferente: «a otros ha salvado, que se salve a sí mismo si es el Cristo, el Hijo de Dios, el elegido». Aquí no se dice que baje y creeremos; pero de todas maneras ambos textos están impregnados de atroz ironía.

Da la impresión de que Lucas quiso reunir aquí todos los detalles que recuerdan realeza de Jesús. Los jefes dicen: «Si es el Cristo de Dios, e! elegido (= el rey mesías)» (v. 35); los soldados se ríen de él: «si eres el rey de los judíos, sálvate» (v. 36-37), y «había una inscripción encima de su cabeza: éste es el rey de los judíos» (v. 38). Así, pues, se proclama tres veces su título real y tres veces se repite el saludo «sálvate a ti mismo»; la tercera vez es uno de los malhechores crucificados con él el que le insulta: «¡sálvate a ti y a nosotros!». Se insiste pues en la realeza de Jesús (para reírse de ella), y en la provocación a que se salve. .

El relato del diálogo con el buen ladrón está en perfecta correspondencia con lo que le precede: el malhechor confiesa la realeza de Jesús, de la que todos se ríen: «acuérdate de mí cuando vuelvas en tu realeza, en tu poder real»; esta proclamación es fruto de la fe, por lo cual le anuncia la salvación; Jesús anuncia al buen ladrón una salvación mucho más profunda de la que los otros esperaban : «hoy estarás conmigo».

El ladrón es el tipo mismo del todo aquel que se convierte. Es un pecador que confiesa su pecado y acepta su castigo: «nosotros, dice al otro ladrón, recibimos lo que merecemos». Proclama la inocencia de Jesús y, mientras todos se ríen de su realeza, él la proclama en un acto de fe extraordinario: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu poder real, como rey» (más bien que «cuando vengas en tu reino», como se traduce a veces). Jesús agoniza, clavado en la cruz, desnudo, humillado, rechazado, insultado, después de haber fracasado en su misión, y he aquí que un moribundo habla a este moribundo de su dignidad real. ¡Qué fe tan extraordinaria!

Jesús podría haberle dicho: «tu fe te ha salvado». De hecho es prácticamente lo que le declara: «en verdad te digo, hoy, conmigo, estarás en el paraíso». Nos viene a la mente el genial comentario de Bossuet: «Hoy -qué rapidez;- conmigo -qué compañía;- en el paraíso -qué descanso».

Jesús, el inocente, ha venido a inaugurar su reino: un reino de amor y de perdón, y no de fuerza y de violencia; un reino en el que el primer lugar se adjudica a un bandido arrepentido.

HOMILÍA

Terminamos hoy el año litúrgico. Inició nuestro seguimiento de Jesús en el Adviento, preparación de su venida en la humildad de nuestra carne; alcanzó su momento culminante con la celebración del Misterio de su Muerte y Resurrección; y, a través de los domingos del tiempo ordinario fue elevando a los cielos nuestra mirada, en la espera final de su venida gloriosa.

La liturgia de este último domingo, "Solemnidad de Cristo, Rey del Universo", en una apretada síntesis de cuanto hemos aprendido y creído, nos desvela el rostro de ese Rey que ilumina el horizonte de nuestra vida presente y al que anhelamos contemplar para siempre en nuestra vida futura.

La *primera lectura*, del libro segundo de Samuel vislumbra anticipadamente la realización del mensaje del ángel a María en el momento de la Anunciación: el que "*recibirá el trono de David, su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre*", se va a mostrar con la solicitud, el cuidado, la cercanía y el amor con que un pastor conduce a su grey y la congrega en la unidad. La palabra profética dirigida a David: "*El Señor te ha prometido: Tú serás el pastor de mi pueblo, Israel*", apunta más lejos: anuncia a un vástagos de su dinastía, ungido por el Señor con la fuerza del Espíritu.

Pero es sobre todo *el relato evangélico* el que define con mayor precisión quién es ese pastor cuya voz debemos escuchar y seguir: es rey del universo, pero un rey clavado en una cruz: "*Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: Éste es el rey de los judíos*". El suyo es un reinado sellado con sangre, sometido a la burla y al escarnio: las autoridades ponen a prueba su condición de enviado del Padre para la salvación de los hombres; los soldados y uno de los malhechores crucificados con él le instan a que les salve bajando de la cruz. Pero *San Pablo* dirá luego que por la sangre derramada de ese rey, "*todos hemos recibido la redención y el perdón de los pecados*"; y que por él, el Padre quiso "*reconciliar consigo todos los seres, los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz*". Nosotros los que ahora y en la hora de nuestra muerte nos sometemos a su justicia misericordiosa, tenemos la firme esperanza de oír de sus labios la promesa que hizo al buen ladrón antes de morir: "*Te lo aseguro: Hoy estarás conmigo en el paraíso*"

Frente a este Rey-Pastor, a comienzos del segundo milenio de su crucifixión se siguen repitiendo las actitudes de rechazo de las autoridades, de los soldados y de los malhechores de su tiempo. Los sectores de nuestra sociedad que se definen como post cristianos sostienen que el ciclo vital del cristianismo ha terminado y que es el momento de dar paso a formas nuevas de vida religiosa y de comportamiento moral; los que se declaran abiertamente ateos, agnósticos o indiferentes ven a la Iglesia de Jesús como una más entre las opciones religiosas de nuestro tiempo y tratan de expulsarla de la vida pública; y quienes nos combaten abiertamente califican nuestra afirmación de la soberanía universal de Cristo de pretenciosa, fanática, antidemocrática y provocadora.

Esta proclamación es, sin embargo, para nosotros, los cristianos, una persuasión arraigada en la verdad misma de Dios y un imperativo de nuestra conciencia creyente, cuyo fundamento es el mandato del Señor en el momento de su partida de este mundo: "*Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda la creación*". Tenemos, además, la convicción de que el cumplimiento de la tarea evangelizadora es un elemento determinante de la configuración del hoy y del mañana de nuestra sociedad; porque donde la soberanía de Dios es ignorada o rechazada se produce inevitablemente el menospicio de la persona, de su dignidad y de sus derechos, y su

sometimiento a los poderes esclavizantes de este mundo. El evangelio del Reino es el fundamento mismo de la libertad humana

El hombre vale lo que vale aquello a lo que se ata. Si se ata a las cosas que se pagan, su precio es el dinero: Jesús nos enseña a buscar el Reino y su Justicia. Si se ata a las estructuras de poder económico o político, acaba vendiendo su dignidad a los poderes de este mundo: Jesús advierte que el poder está al servicio del hombre y no al revés. Frente a la violencia que siembra de sangre la geografía de nuestro planeta, Jesús nos propone la libertad de quienes son capaces de romper esa espiral e implantar una justicia al servicio de la paz. Frente al miedo que paraliza al hombre, Jesús propone la audacia de la libertad; un cristiano no puede tener miedo a nadie, porque sabe que es Dios mismo quien dirige la historia hacia su culminación. Frente a la realidad inevitable del sufrimiento, Jesús proclama bienaventurados a los que asumen en comunión con él su dolor. Frente a la esclavitud de la muerte, el evangelio proclama que Jesús, con su resurrección, ha vencido definitivamente a la muerte.

Hoy, fiesta de Cristo Rey, oremos como Jesús nos enseñó: "Padre nuestro, venga a nosotros tu Reino", con la confianza de que todo lo demás se nos dará por añadidura.

II: Guía para lectura y predicación del CEC (SEC)

LA PALABRA DE DIOS

«El nombre de Cristo significa ``Ungido'', ``Mesías''. Jesús es el Cristo porque ``Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder'' (Hch 10, 38). Era ``el que ha de venir'' (Lc 7, 19), el objeto de ``la esperanza de Israel'' (Hch 28, 20)» (453).

«El nombre de Hijo de Dios significa la relación única y eterna de Jesucristo con Dios su Padre: el es el Hijo único del Padre y El mismo es Dios. Para ser cristiano es necesario creer que Jesucristo es el Hijo de Dios» (454).

«El nombre de Señor significa la soberanía divina. Confesar o invocar a Jesús como Señor es creer en su divinidad ``Nadie puede decir: '!Jesús es Señor!' sino por influjo del Espíritu Santo'' (1 Co 12, 3)» (455).

TESTIMONIO CRISTIANO

La vida cristiana de cada día será también el «Amén» al «Creo» de la Profesión de fe de nuestro Bautismo: «Que tu símbolo sea para tí como un espejo. Mírate en él: para ver si crees todo lo que declaras creer. Y regocijate todos los días en tu fe» (San Agustín) (1064).

SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

David es ungido del Señor. Es Cristo o ungido. Se ungía a los reyes porque representaban a Dios en medio de su pueblo.

Jesús fue ungido por el Espíritu Santo públicamente en el Bautismo del Jordán. En la cruz es proclamado rey por el título de su condena y por la invocación del malhechor crucificado junto a él.

Los redimidos por Cristo han de ser trasladados a su reino eterno, en el que Cristo es el primer ciudadano y soberano a partir de la Resurrección. El himno recogido en esta carta acumula título sobre título para exaltar la indescriptible grandeza de nuestro Señor.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

Cristo, Hijo único de Dios, Señor: 436-451.

La respuesta:

Amén: 1061-1065.

C. Otras sugerencias

1.

2.

La entronización del Rey del universo se hace en la cruz, suplicio de muerte para malhechores.

El reinado de Jesucristo es el Reinado de Dios, de amor y de vida. Amor que tiene su máxima expresión en la cruz. Vida que la gana para todos los hombres en la cruz.

Los nombres de Jesús, los adjetivos sobre su reinado, las alabanzas y los cánticos a Cristo Rey, todo, debe entenderse referido a Dios que en Jesucristo se hace visible.

La doxología de la plegaria eucarística y el Amén de las oraciones nos hacen recapitular todo en el único Dios y Señor, en el Rey del universo.

III. Sagrada Congregación para el Clero

NEXO ENTRE LAS LECTURAS

"Rey de Israel, rey de los judíos, reino del Hijo" son las expresiones con que la liturgia nos recuerda solemnemente la gozosa realidad de Jesucristo, rey del universo. El título de la cruz sobre la que Jesús murió para redimir a los hombres era el siguiente: "Jesús nazareno, rey de los judíos" (*Evangelio*). Históricamente, este título se remontaba hasta David, rey de Israel, (*Primera lectura*), de quien Jesús descendía según la carne. Recordando Pablo a los colosenses la obra redentora de Cristo les escribe: "El Padre nos trasladó al Reino de su Hijo querido, en quien tenemos la redención: el perdón de los pecados" (*Segunda lectura*).

MENSAJE DOCTRINAL

David, rey de Israel.

Los israelitas habían comenzado la conquista de la tierra prometida al final del siglo XIII a. C., bajo el caudillaje de Josué. La conquista fue progresiva y se prolongó durante mucho tiempo. Por fin se pudo considerar acabada, al menos en términos generales, y se procedió a la distribución de la tierra por tribus. Por largos decenios y lustros, cada una de las tribus mantuvo su independencia y propia autonomía. Si alguna tribu se unía con otra, era fundamentalmente en plan de defensa o ataque de sus enemigos. Durante este período, se fue estableciendo casi espontáneamente una diferenciación entre las tribus del Norte y las del Sur. Cuando Samuel ungíó rey a David, lo hizo sólo sobre las tribus del Sur (Judá, Benjamín y Efraín) y sobre ellas reinó siete años en Hebrón. La personalidad extraordinaria de David, su genio militar que logró conquistar la fortaleza de Jerusalén tenida por

inexpugnable, y su capacidad innegable de caudillaje, indujo a los jefes de las tribus del Norte a proclamarle también su rey. "El rey David hizo un pacto con ellos en Hebrón, en presencia de Yahvé, y ungieron a David como rey de Israel" (Primera lectura). Fue un paso decisivo en la historia de Israel: por primera vez se consiguió la unificación de las doce tribus, se instauró un solo rey y por tanto un solo mando político-militar, y se eligió la ciudad de Jerusalén como capital del nuevo reino de Israel y Judá. El reino de Cristo, prolongación del reino de Israel, está compuesto igualmente de doce "tribus", unidas bajo el mando de un único rey, y que tiene su capital en Jerusalén, la capital del reino mesiánico, inaugurado por Jesucristo en la cruz.

Jesús, el rey de los judíos.

Esta es la causa por la cual Jesús muere en una cruz elevada sobre el Gólgota. El texto está escrito en hebreo, en latín y en griego, para que lo entendiesen todos los habitantes que habían venido a Jerusalén para celebrar la Pascua en la primavera del año 30 d.C. ¿Un crucificado, rey de los judíos? Esta ignominia era insoportable para las autoridades de Jerusalén, por eso acudieron a Pilatos a pedirle que cambiase el título. Pilatos no cedió. "Lo escrito, escrito está". El título es ocasión de burla y sarcasmo de los soldados romanos: "Si tú eres el rey de los judíos, ¡sálvate!" (Evangelio). Solamente uno de los ladrones intuyó que el reino de ese crucificado tenía que ser de otra índole que los reinos de la tierra, y así le dijo: "Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino" (Evangelio). El título es, pues, verdadero, pero nos reenvía a un reino de otras características: un Reino de verdad y de vida, un Reino de santidad y de gracia, un Reino de justicia, de amor y de paz" (Prefacio). En el sometimiento "impotente" y doloroso de un crucificado al reino de la fuerza dominante está la clave y el fundamento del reino del amor, de la misericordia y del perdón.

El Reino de su Hijo.

El Padre, llamándonos a la fe cristiana, nos ha trasladado al Reino de su Hijo mediante el bautismo. Su Hijo es Jesús de Nazaret, el crucificado, ahora resucitado y glorioso. El reino del Hijo no es ya sólo un pueblo o una raza. No es sólo el reino interior en el corazón de los hombres. Es por añadidura el reino sobre el cosmos, sobre toda la creación. "En él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, tronos, dominaciones, principados, potestades: todo fue creado por él y para él" (Segunda lectura). Para el Hijo, "rey" no es meramente un título, corresponde a su esencia. Nada está fuera de su reinado ni en el tiempo ni más allá del tiempo. El Hijo es el rey del universo en toda su grandeza y esplendor, con toda su potencia y energía. Es el rey de la historia, el que domina y dirige todos los acontecimientos humanos hacia su fin. Es el rey de los individuos, en quienes reina por la fe, la esperanza y la caridad, por la justicia, la paz y la solidaridad.

SUGERENCIAS PASTORALES

"El condicional de la duda".

"Si eres rey...": he ahí la eterna tentación del hombre hundido en su miseria e indigencia. "Si eres el Hijo de Dios...", así el tentador y así tantos hombres a lo largo de la historia. "Si eres bueno..., ¿por qué reina tanto mal a nuestro alrededor?". "Si me amas..., ¿porqué en lugar de que reine tu amor en mí, reina, al contrario, el desorden de las pasiones, el desenfreno del egoísmo?". "Si eres rey..., ¿cómo es posible que haya gobiernos descreídos y ateos, que persiguen, encarcelan y asesinan a tus súbditos?". "Si eres rey..., qué clase de reinado es el tuyo que se oculta hasta el punto que se desvanece y llega casi a desaparecer?". "Si eres rey...". La duda nos atosiga y nos sacude interíormente. El condicional nos muerde el alma hasta la herida mortal. "Eso de Cristo Rey, ¿no será un cuento de hadas o una de tantas utopías que recorren la historia?". "Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera", canta la Iglesia. "¿Es esto verdad o más bien un exagerado triunfalismo?". ¡Seamos valientes! Quitemos de una vez por todas el "sí" condicional de nuestras relaciones con Jesucristo Rey. En lugar de dudar, agradezcamos al Padre que no haya querido instaurar un reino como hubiésemos querido los hombres, a la medida de nuestros deseos y de nuestras

mezquinas concepciones de las cosas. Cristo reina según su designio y su medida, no según la nuestra. El Reino de Cristo se recibe como un regalo, como una revelación del cielo; no es fruto de una mente humana privilegiada ni del acuerdo decisivo de los hombres. El Reino de Cristo se instala en la vida de los hombres, pero no es un árbol ya hecho, sino una planta que crece. Desde el momento que ponemos el reino de Cristo bajo la ley del condicional, estemos seguros de que estamos corriendo el riesgo de no entenderlo y de quedarnos fuera.

¡Venga tu Reino!

Tertuliano en su comentario al padrenuestro escribe: "Que tu Reino venga lo antes posible es el deseo de los cristianos, es la confusión para las naciones. Nosotros sufrimos por esto, más aún nosotros rezamos por su llegada". Es un deseo que los cristianos venimos repitiendo desde hace 21 siglos. Venga a nuestra tierra tu reino de paz en los Balcanes, en la tierra de Israel, en Malasia, en el cuerno de África o de los grandes lagos, en todas las naciones. Venga a nuestra tierra tu reino de justicia frente a la corrupción invadente, frene a tantas diferencias sociales y económicas, frente a tanta degradación moral. Venga tu reino de amor entre los esposos, entre padres e hijos, entre miembros de diferentes razas o religiones; de amor hacia los niños y hacia los ancianos, hacia los pobres y enfermos, hacia todos los más necesitados de atención, cariño, ternura. Sabemos que el Reino de Cristo vive en una situación de tensión permanente, porque lo exige su mismo crecimiento, porque encuentra resistencias a su acción transformadora. Porque llegue este reino de paz, de justicia y de amor trabajamos, sufrimos, oramos los cristianos y todos los hombres de buena voluntad. ¡Venga tu Reino! Sea ese el grito con el que amanezcamos a un nuevo día y con el que cerremos el duro bregar de la jornada. "Para que, digamos con san Cipriano, nosotros que lo hemos servido en esta vida, reinemos en la otra con Cristo Rey, como él mismo nos ha prometido".

IV: Radio Vaticano

Con la solemnidad de Cristo Rey, finaliza el año litúrgico, un tiempo en el que vivimos todas las etapas de la vida de Jesús, compartimos su enseñanza, meditamos en torno a su sacrificio, vivimos la gracia de su resurrección, y nos llenamos de su Espíritu Santo. El año litúrgico es una pedagogía que nos ofrece la Iglesia para que los creyentes santifiquemos el tiempo conociendo los misterios del Señor, profundizando cada día nuestra fe. El año se inicia con el tiempo de espera, el adviento que comenzaremos a celebrar el domingo próximo, y finaliza con la exaltación de Cristo como Rey del Universo. En esta solemnidad la liturgia de la palabra nos invita a meditar con las lecturas del Segundo Libro de Samuel en su capítulo quinto, leeremos el capítulo primero de la Carta del Apóstol Pablo a los Colosenses, mientras que el evangelio es un trozo del capítulo 23 de San Lucas. El Salmo de este Solemnidad en el Ciclo C es el 121, al que responderemos "Qué alegría cuando me dijeron, vamos a la casa del Señor".

El final del año litúrgico nos permite contemplar a Cristo como rey del universo. La figura del rey viene de las tradiciones antiguas, de pueblos que fueron gobernados por reyes, con sus cortes, con súbditos. Como celebración litúrgica fue instituida por el Papa Pío XI en 1925, y se celebraba antes de la solemnidad de todos los santos. En 1970, para destacar la centralidad de Cristo, la solemnidad pasó al último domingo del año y se le dio el título de rey universal. De modo que así se corona todo un año de celebraciones del Señor que tiene que ser el centro de nuestras vidas. Así como era el rey para los pueblos que tuvieron monarquías, así debe ser Cristo para cada persona. Los reyes se preocupaban por el bien del pueblo, hacían obras para construir las ciudades, lideraban a sus pueblos en las guerras y batallas, y exigían fidelidad absoluta a sus súbditos. Jesús, como rey, nos ha dado su vida para salvarnos de la muerte eterna, con su muerte de cruz ha perdonado nuestros pecados y nos ha dado la gracia. Pero también, como todo rey, nos exige fidelidad, nos exige

exclusividad, que no tengamos otros reyes, que no tengamos otros dioses.

Ese es el significado fundamental de la solemnidad de Cristo Rey, celebrar la centralidad de nuestro salvador en nuestras vidas. El significado del reinado lo encontramos en la lectura del Profeta Samuel, donde las tribus de Israel van donde David, le recuerdan la promesa que le hizo Dios de “ser el pastor de mi pueblo Israel”, hacen un pacto y ungen a David como su rey. Podemos decir que David tuvo como dos elecciones, la elección por parte de Dios que ve sus virtudes y le da capacidades para gobernar a su pueblo, y la elección que hace el pueblo al reconocer en David a un elegido de Dios. Y aquí es clave el término “pastor”, porque en una realidad histórica donde existían faraones y reyes que esclavizaban a sus pueblos, Israel se coloca un rey que es pastor, lo que significa que la relación entre el gobernante y su pueblo será una relación mediada por Dios y sus leyes. Esta nueva modalidad de reinado de alguna manera se nos propone también en esta solemnidad de hoy, porque Cristo es nuestro Rey – Pastor, es quien nos orienta y guía, y es compasivo con nosotros cuando nos extraviamos o nos equivocamos. Es un Rey distinto a cualquier rey de la tierra. La naturaleza de nuestro Rey Jesús la vemos cuando está en el suplicio de la cruz, que es el trozo del evangelio propuesto hoy. Uno de los condenados con él, el que llamamos “el buen ladrón”, recrimina la poca fe del otro condenado y le pide a Jesús la gracia de ir a su reino. A pesar de estar en el mismo suplicio, en la misma prueba, ve en el otro crucificado a su Dios y Rey. Y por supuesto Jesús demuestra que la clave de ir a su reino está en el reconocimiento de él como nuestro Dios y en el reconocimiento de su bondad que nos perdona. El paraíso es eso, sentir que estamos cerca de Jesús y que recibimos en abundancia su amor y su misericordia por toda la eternidad. En este final de año litúrgico, te invito hermano, hermana que me escuchas, a que pongas en el centro a Cristo, como tu rey, como tu soberano. A que abras tu corazón a su gracia, y a que, como su discípulo, seas su testigo en este mundo.